

jores príncipes que conoció el gentilismo, tanto por su dulzura como por su moderacion, no por eso fueron mejor tratados en su tiempo los que profesaban la religion cristiana. Antes bien no cesó ni en tormentos ni en crueldades á las demás persecuciones la que padeció la Iglesia en tiempo de este emperador. Hacia gloria Trajano de ser mas religioso que los otros príncipes, y de mantener las leyes del imperio romano en todo su vigor. Es verdad que no publicó edicto nuevo contra nuestra religion, segun se lee en S. Meliton y en Tertuliano; pero tenia mortal aversion á los cristianos, porque no los conocia sino por los horriblos retratos que le hacian, asi sus cortesanos idólatras, como los sacerdotes de los ídolos; y bastaba esta aversion para escitar contra ellos á los pueblos y á los magistrados.

Luego que se dejó ver en la tierra nuestra santa religion, comenzó á experimentar el odio que ordinariamente sigue á la verdad, contando tantos enemigos como ésta tiene contrarios. Uno de los principales motivos de esta pública y general aversion fué la pureza de la doctrina evangélica, tan opuesta á la universal corrupcion de los gentiles; y como las potestades del infierno, que tenian tiranizado al mundo, habian sido vencidas por la cruz de Jesucristo, cabeza y fundador del cristianismo, convirtieron éstas todo su furor contra el nombre y contra la religion de los cristianos. Eran estos la execracion de los grandes y el horror de los plebeyos; porque la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida servia de muda pero cruel censura de sus comunes desórdenes, y de la impiedad del paganismo. Fuera de eso, para hacer todavía mas odioso el Evangelio á todo el mundo, no cesaba el demonio de sembrar por todas partes las mas horribles calumnias contra los cristianos; pintándolos como hechiceros y como magos, que con sus sortilegios y hechicerías encantaban á las gentes. Sus milagros eran encantamientos; sus juntas nocturnas y secretas, conventículos de infamias y de prostituciones, ocultando bajo una aparente modestia y compostura unas almas negras, corrompidas y disolutas. Preocupados todos de esta manera, lo mismo era ver á un cristiano, que gritarle públicamente: *Al maldado, al facineroso*; y por consiguiente, sin otra formalidad que confesar uno que lo era, condenarle al último suplicio. De este mismo principio nacian aquellos tumultos populares en el circo, en los anfiteatros, en los juegos públicos, en los cuales sin que precediese por parte de los fieles el mas mínimo motivo, levantaba el grito la muchedumbre, pidiendo alborotadamente su muerte y la estirpacion de su secta. A estos amotinamientos populares se atribuye la persecucion de la Iglesia en el

imperio de Trajano. Esta persecucion se señala en la crónica de Eusebio hácia el año de 108 de Jesucristo, el oneno de dicho emperador, y duró hasta la muerte de este príncipe, que sucedió el año de 117, á los diez y nueve de su reinado.

No podia estar á cubierto de esta violenta tempestad el santo pontífice Evaristo, siendo tan sobresaliente la eficacia de su zelo, y tan celebrada en toda la Iglesia la santidad de su vida. El desvelo con que atendia á las necesidades del rebaño hicieron odioso á los enemigos del cristianismo al santo pastor; sin que en su avanzada edad entibiase su apostólico ardor, ni fuese motivo para moderar sus escursiones y sus gloriosas fatigas. Siendo tan visibles y tan notorias las bendiciones que derramaba Dios sobre su zelo, de necesidad habian de meter mucho ruido, ó á lo menos era imposible que del todo se ocultasen á los enemigos de la religion. Crecia palpablemente el número de los fieles, y regada la viña del Señor con la sangre de los mártires, se ostentaba mas lozana, mas florida y mas fecunda. Conocieron los paganos que esta fecundidad era efecto de los sudores y del zelo del santo pontífice, por lo que resolvieron deshacerse de él, persuadidos á que el medio mas eficaz para que se derramase el rebaño, era acabar con el pastor. Echáronle mano, y le metieron en la cárcel. Mostró tanto gozo al ver que le juzgaban digno de derramar su sangre y dar su vida por amor de Jesucristo, que quedaron atónitos los magistrados, no acertando á comprender como cabia tanto valor y tanta constancia en un pobre viejo, agobiado con el peso de los años. En fin, fué condenado á muerte como cabeza de los cristianos; y aunque se ignora el género de suplicio con que acabó la vida, es indubitable que recibió la corona del martirio el dia 26 de octubre del año del Señor de 117 ó 118; honrándole hasta el dia de hoy como á mártir la universal Iglesia.

SAN LUCIANO Y MARCIANO, MÁRTIRES.

UNOS de aquellos maravillosos Santos en quienes quiso Dios hacer ostentacion de su gracia, para que animasen con su ejemplo á los mayores pecadores á no desconfiar de la divina misericordia, fueron S. Luciano y Marciano, naturales de la ciudad de Vique en el principado de Cataluña. Tuvieron ambos la desgracia de haber sido educados en las supersticiones del gentilismo, por lo que no tuvieron reparo en aplicarse al estudio de la astrologia judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en los dos jóvenes un ingenio superior para

estas facultades, y una inclinacion activa hacia estas artes diabólicas; y como estaban resueltos á no ignorar ningun secreto de cuantos pudiesen adquirir en la escuela de los astrologos, de los hechiceros y de los adivinos, fué tanta su aplicacion, que dentro de breve tiempo se hicieron famosos magos y grandes familiares de los demonios. No hubo infamia ni hediondez abominable de que no hubiesen hecho vanidad; y como se valian de todos los medios que les sugeria el enemigo de la salvacion para asegurar los sucesos de sus encantos, todos los buscaban para conseguir sus antojos y sus execrables voluptuosidades.

Tales eran Luciano y Marciano cuando agradó al Padre de las misericordias conmutar en vasos de eleccion los que eran de inmundicia, para manifestar al mundo el poder de su divina gracia, valiéndose para ello de un suceso capaz de desengañar á los preocupados magos. Habia en Vique una doncella cristiana de extraordinaria hermosura, que despreciando las ventajosas conveniencias de los muchos pretendientes de su mano, tenia consagrada su virginidad á Jesucristo, y para conservar una virtud tan delicada, rara vez se dejaba ver en público, haciéndolo cuando era preciso cubierta con su manto ó con su velo; pero todo su cuidado en que ninguno la viese, no bastó para que dejasen de lograrlo los dos famosos magos. Encendióse en sus corazones un fuego tan infernal, tan impuro y tan lascivo, que formando en ellos una violentísima pasion, no perdonaron diligencia alguna para satisfacerla, teniendo por indubitable que con sus mágicos hechizos la pondrian en paraje de lograr sus perniciosas intenciones. Valiéronse de los mas poderosos medios de la magia; pero todo inútilmente. Invocaron á los demonios, y aunque estos pusieron en movimiento cuantos malignos artificios podian inventar para derribar á la ilustre doncella, sostenida de la divina gracia en los mas terribles ataques y en las mas violentas tentaciones, ponía en vergonzosa fuga á las potestades del infierno con sus continuas oraciones y con sus rigorosas penitencias, pero sobre todo con la proteccion de la Santísima Virgen, de quien era devotísima.

Quejaronse altamente Luciano y Marciano al demonio sobre la ineficacia de su poder, puesto que no le tenia para rendir á una tierna doncella; y compelido el enemigo de una virtud superior á la suya, confesó la verdad, diciéndoles: *Ya habeis experimentado la facilidad con que habeis pervertido las almas que no conocen á Dios, invocando nuestro auxilio; pero aunque empleemos todas vuestras facultades en esta casta doncella, nunca podremos conseguir cosa alguna, pues tiene consagrada su virgi-*

nidad al supremo Señor de todos, que es Jesucristo: éste es el que la guarda, y quien nos aflige, y al que no puede resistir todo el infierno, como ni á la señal de la cruz con que se guarece cuando alguno de nosotros se acerca á tentarla, poniéndonos en vergonzosa fuga con una arma tan poderosa.

Quedaron atónitos Luciano y Marciano al oír la confesion de los demonios, y reflexionando sobre la preocupacion y el engaño en que habian vivido hasta entonces, se dijeron mutuamente: *Si tanto es el poder de Jesucristo, que supera al de los demonios y al de nuestras artes mágicas, sin duda nos conviene convertirnos á él, temerlo y adorarlo; puesto que puede beneficiarnos mas que aquellos á quienes hemos servido hasta ahora.* Movidos de este discurso y de los influjos de la divina gracia que comenzó á iluminarlos, recogieron los códices de sus malas artes, y llevándolos á la plaza de la ciudad los quemaron públicamente. Quedaron admirados todos los vecinos de Vique al ver una resolucion tan inesperada, y preguntándoles qué causa les impelia para arrojar al fuego los escritos de su profesion, respondieron ambos: *Porque Dios ha ilustrado nuestros entendimientos, librándonos de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que hemos vivido hasta ahora, para que nos salvemos. Sabed, que las maravillas aparentes que hemos hecho, han sido invenciones vanas de los demonios por quien nos dirigiamos, los que intentaban sumergir nuestras almas en el infierno con sus falacias: por tanto nosotros reconocemos á Jesucristo por verdadero Dios, poniendo en él toda nuestra esperanza; porque si éste aflige y refrena á los que nosotros hemos adorado, sin duda es mayor que ellos.*

Hechos cristianos Luciano y Marciano, quisieron dar á Dios satisfaccion de su mala vida; y dejando sus casas y sus muchas riquezas, se retiraron á un desierto, donde se entregaron á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Irritados los demonios de que se hubiesen escapado aquellos por cuyos medios habian conquistado tantas almas, pusieron en ejecucion todos los artificios de su malicia, para separarlos de su buen propósito; pero aunque fueron muchos y muy violentos los combates que tuvieron que sufrir contra los enemigos de la salvacion y contra sí mismos, para romper sus inveteradas costumbres, con todo el Dios de justicia, que no cesaban de invocar desde el punto que conocieron su poder infinito, les sacó victoriosos de todos los ataques con su recurso á la oracion y á la penitencia, valiéndose de la proteccion de la Santísima Virgen como madre de pecadores.

Pareció á los dos célebres eremitas, que con los ejercicios de una vida privada no daban á Dios satisfaccion suficiente de sus culpas, habiendo engañado á tantos con su perversa doctrina; y queriendo resarcir los daños que ocasionaron en el público, se presentaron en Vique á predicar las infalibles verdades de nuestra santa religion, desengañando á los gentiles de los crasos errores en que vivian sumergidos, prestando adoracion á los demonios en las vanas estatuas de los idolos bajo el velo de mentidas deidades. Admirados los de Vique al ver aquella extraordinaria novedad, decian: *He aqui los que nos enseñaban y facilitaban la satisfaccion de nuestros deseos, como ahora predicán al Crucificado que antes despreciaban; pero fortificados mas y mas los santos en la fe, contestaban al pueblo: Creednos, hermanos, porque si no hubiéramos conocido que esto es lo mejor, nunca nos hubiéramos convertido á Jesucristo, separándonos de una profesion que nos hacia célebres entre los hombres y nos llenaba de riquezas: por tanto os encargamos que os convirtais al mismo Señor, para que os salveis.*

Irritados los paganos de Vique con las conquistas que hacian cada dia Luciano y Marciano para Jesucristo, los delataron al gobernador de la ciudad, diciéndole: *He aqui unos hombres magos, que ahora predicán lo que antes impugnaban, é impugnan lo que entonces enseñaban.* Era el juez cierto hombre llamado Sabino, uno de los mas fieros enemigos de los cristianos, contra los que procedia severamente en fuerza de los impíos decretos que publicó contra la Iglesia el emperador Decio; y haciendo comparecer ante su tribunal á los dos predicadores, comenzó el interrogatorio acostumbrado en estos casos, preguntando á Luciano por su nombre y por su religion. *Yo me llamo Luciano,* respondió el Santo, *y mi religion es la de Jesucristo; porque aunque en algun tiempo fui perseguidor de esta venerable ley, hoy aunque indigno soy de ella predicador.* — *¿Pues qué oficio tienes,* replicó el tirano, *para ejecutarlo así?* — *El que es propio de toda alma racional,* contestó Luciano, *que debe sacar del error á su hermano, aconsejándole la verdad, para que se libre de los lazos del demonio.* — *¿Quién os persuadió,* continuó Sabino, *á que dejaseis á los dioses inmortales por quien conseguisteis mucho beneficios, y os conciliasteis el amor del pueblo, para convertirlos á un muerto crucificado, que no pudo salvarse á sí mismo?* — *El mismo Señor,* respondió Marciano, *es el que nos iluminó, como lo hizo en otro tiempo con Pablo, que siendo primero perseguidor de la Iglesia, fué despues un predicador zeloso de su santa ley, ilustrado con la divina gracia.* — *Mirad*

por vosotros, siguió el gobernador, *y volved á vuestra vida antigua; para que tengais propicios á los dioses y á los principes del mundo.* — *Tú hablas,* dijo entonces Luciano, *como uno de los necios gentiles, mas nosotros damos gracias á Dios, porque nos sacó de las tinieblas y de las sombras de la muerte, dignándose conducirnos á la gloria de ser cristianos.* — *¿De qué modo os defiende,* continuó Sabino, *ese Dios que predicais, dejándoos en mis manos, y no evita que incurrais en la muerte que os espera?* — *La gloria de los cristianos,* contestó á esto Marciano, *no consiste en la vida presente que tú tanto estimas, sino en la eterna que esperamos en los cielos, perseverando en la fe de Jesucristo.* — *Dejad,* continuó Sabino, *semejantes necedades; oidme, y sacrificad á los dioses, cumpliendo en esto con los preceptos imperiales; pues de lo contrario haré que sufrais nuevos y esquisitos tormentos.* — *Haz lo que gustes,* respondió Marciano, *pues estamos dispuestos á padecer todas las penas que discourras, antes que negar al único y verdadero Dios que confesamos, para no caer en el fuego eterno, que el mismo Señor tiene preparado al diablo y á todos los idólatras que siguen sus engaños.*

Conoció Sabino por el interrogatorio que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos para pervertir á los dos ilustres confesores; y no pudiendo tolerar por mas tiempo su invencible resistencia, pronunció contra ellos la sentencia siguiente: *Porque Luciano y Marciano son trasgresores de las leyes divinas, convirtiéndose á la vanísima de los cristianos; y porque no han querido oír nuestras reconvenciones sobre el cumplimiento de los preceptos de los principes del mundo dirigidas á que se salven, mando que sean quemados.* Luego que llegaron los Santos al lugar del suplicio, oraron en esta forma: *Señor Jesus, nosotros no podemos daros las correspondientes gracias por habernos sacado del error de la gentilidad, y dignado conducirnos á esta pasion por tu santo nombre, haciéndonos participantes de las dichas de tus Santos: á tí encomendamos nuestras almas, para quien sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos.* Concluida esta súplica, hicieron su oficio los verdugos, y arrojando á Luciano y á Marciano á una hoguera encendida, quedaron consumidas las dos preciosas victimas en el dia 26 de octubre del año 251 ó 52, imperando en Roma Decio, y siendo pontífice S. Fabian.

Recogieron los cristianos las venerables reliquias de los dos insignes mártires, y las ocultaron con el mayor secreto, retirándolas de la vista de los gentiles; pero luego que cesó el furor

de la persecucion, las colocaron en la iglesia de S. Saturnino de Vique, donde estuvieron en grande veneracion hasta la pérdida de España, en la que temerosos los fieles de que cayese tan precioso tesoro en manos de los bárbaros, las ocultaron en el mismo templo con el sepulcro de mármol que las contenia. Asi se mantuvieron muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestarlas en el año 1050, reinando en Cataluña el famoso conde de Barcelona Raimundo Berenguer, primero de este nombre, por medio de las maravillosas revelaciones y visiones angélicas que se dignó hacer á dos venerables presbiteros llamados Raimundo ó Ramon Ferrer, y mosen Raimundo ó Ramon. Halláronse las venerables reliquias con las inscripciones de los nombres, del origen, del tiempo y del lugar de la pasion de los Santos, y se colocaron despues con el honor debido en el mismo templo en el año 1342, reinando en Cataluña el rey D. Pedro IV de Aragon, y tercero de Cataluña. Solicitaron los canónigos Pedro Suriguères, Berenguel de Colomer y Juan de Abendo, que se hiciese la traslacion de las reliquias de los insignes mártires á lugar mas decente; y ejecutado este acto con anuencia de D. Galcerato, obispo de Vique, por medio de una solemne procesion, en la que asistieron muchas personas condecoradas, se colocaron en el altar mayor de la iglesia de S. Saturnino, donde son tenidas en grande veneracion.

La misa es en honor de S. Evaristo, y la oracion la siguiente:

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, dignate de sostenernos por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice S. Evaristo. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Carisimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le afieona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, herma-

nos míos muy amados. Toda sombra de vicisitud. Porque él buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni su criatura.

REFLEXIONES.

Ninguno diga cuando es tentado que le tienta Dios. Dios no puede tentar al mal; y asi este Señor á ninguno tienta; y por tanto cada uno es tentado por el cebo y por los atractivos de su propia concupiscencia. Pocos disolutos, pocos mundanos, pocos pecadores hay que no echen la culpa de sus desórdenes á la malignidad del tentador, pretendiendo escusarlos con la violencia de la tentacion. El mundo todo es peligros, esto no se niega; pero porque todo es peligros el mundo, ¿nos hemos de arrojar á ellos aturrida ó atolondradamente? ¿será razon vivir en el mundo sin preservativos, sin atencion y sin temor? Es el mundo un mar borrascoso y cubierto todo de escollos; los navichuelos pequeños y poco cargados, los evitan con mas facilidad que los vasos soberbios y corpulentos, los cuales reciben mas viento, y se gobiernan con mayor trabajo. Pero despues que se habla tanto de este proceloso mar, tan famoso por los naufragios, ¿se han hecho por ventura mas cuerdos, mas avisados y mas prevenidos los que se engolfan en él? Ya si á lo menos nos hiciera mas vigilantes la multitud de los peligros de la salvacion; ¡pero ah! que sucede todo lo contrario; cuanto mas hay por qué temer, menos se teme. ¿Donde se vive con menos precauciones contra los malos deseos, que en medio de los objetos que los escitan mas? En las cortes de los príncipes, en el centro de este mundo inficionado y engañoso, ¿qué preservativos se aplican para no contraer el contagio? ¡Y despues nos quejamos, y despues nos admiramos de que sean tan contados los que se preservan de él! Mas nos debiéramos admirar de que alguno se preservase. Si en un estado donde todo es tentacion, todo lazos y peligros; si en un país donde estuviesen inficionadas casi todas las fuentes, casi todos los manantiales, y se tomasen pocas ó ningunas precauciones para librarse del veneno, se conservasen muchos por largo tiempo en perfecta y robusta salud, ¿no seria cosa muy estraña? las almas inocentes, las mas puras se sustentan con la penitencia; rodeadas de espinas y de abrojos, aun no consideran segura la delicada flor de la pureza. El mas leve soplo de viento las sobresalta. La menor infidelidad, la mas ligera imperfeccion

causa inquietud á su fervor; ni aun con todas estas precauciones se dan por seguras, ó se imaginan exentas del peligro; mientras una alma imperfecta, una persona religiosa poco observante, poco mortificada, poco inocente, se espone sin temor á los mayores riesgos. No nos quejemos ya ni de los muchos peligros de la salvacion, ni del corto número de los predestinados. Con nosotros mismos llevamos los peligros; en nuestro mismo terreno nace la tentacion. No contentos con el enemigo doméstico que nosotros mismos mantenemos, vamos á buscar otros extraños y forasteros; ¿qué maravilla que seamos vencidos, ni qué milagro que nos precipitemos? Hay condiciones, hay estados (es verdad) en que son mayores y mas frecuentes los peligros; pero todo país donde abundan insectos ponzoñosos, abunda tambien en contravenenos, siendo igualmente fecundo en preservativos y en remedios.

El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla; á fin de que, despues de hechos los cimien-

tos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vienen: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De la necesidad de la penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo; la inocencia ó la penitencia. No hay medio. O nunca pecaste, ó eres pecador. ¡Buen Dios! ¿quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? ¿pues quién se podrá

escusar de los rigores de la penitencia? Busca algun otro camino; por lo menos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabricémos el sistema que nos pareciere; finjámonos la moral que se nos antojare; pretestos de salud, vanos títulos de la edad, escusas frívolas del amor propio, alegatos aéreos del estado ó de la condicion; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno ó penitencia.

Es esta vida el tiempo de la misericordia; es el fruto de la muerte del Redentor. Pero la divina justicia no puede ser frustrada de sus derechos; estos son los que conserva y sostiene la penitencia; ella ocupa, por decirlo así, el lugar de la justicia divina; ella la representa como apoderada suya. Si por cierto; quiere Dios dejar á tu buena fe el castigo de tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos; quiere que tú te impongas á tí propio la pena que merecen; ¿puedes poner tus intereses en manos mas favorables ni amigas? Desengañémonos; todo pecado ha de ser indispensablemente castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¿Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo solo por haber tomado la apariencia de pecador? Las almas mas puras, los Santos mas inocentes pasaron la vida entre los rigores de espantosas penitencias; ¡con cuanta amargura de su corazon, por cuan largo espacio de tiempo mezclaron su pan con las lágrimas por los pecados mas ligeros! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma religion; hemos pecado. ¡Ah! que ninguno hay que no pueda decir con verdad como el Profeta: *Mis maldades me cubrieron mas arriba de la cabeza.* (Psalm. 37.) ¿Pero cual es nuestra penitencia? En medio de eso, ninguno hay que no espere lograr la misma dicha que gozan los Santos; ninguno que no aspire á la misma corona. ¿Mas en qué fundará esta confianza? en los méritos de Jesucristo. Sin duda que á estos divinos méritos deberemos nuestra salvacion. ¿Pero será sin hacer penitencia? Escuchemos al oráculo del mismo Jesucristo: *Si no hicieris penitencia, todos perecereis.* (Luc. 13.) No ignoraba él lo que valia su sangre; conocia perfectamente el precio y la virtud de sus merecimientos. En medio de eso, con toda mi redencion sobreabundante, con el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará si no hace penitencia. *Omnes*, todos perecereis; el rey como el vasallo; el amo como el siervo; *todos*. La mujer noble como la plebeya; la señora como la criada; *todos*; el letrado, el hombre de negocios,

el mercader, el seglar, el eclesiástico; vosotros, jóvenes, y vosotros, viejos, agobiados con los años; hombres del mundo y religiosos, si no hicieris penitencia, todos pereceréis. Este solo oráculo vale una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah, mi Dios, y cuanto me acusa en este mismo punto mi conciencia! ¡qué remordimientos! ¡qué temores! ¡qué justos sobresaltos! ¿Y será posible que todo esto sea sin provecho?

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué enorme error es pretender salvarse sin hacer penitencia. Si no quereis renunciar mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debeis estar persuadidos á que el que pecó, si no hace penitencia, vanamente se lisonjea de conseguir su salvacion. (*Marc. 1.*) ¿Se sigue hoy en el mundo esta doctrina?

¿Pero no será hacer bastante penitencia confesar sus pecados, rezar algunas oraciones, ejercitarse en algunas obras satisfactorias, impuestas en la confesion? ¿no bastará esto para cumplir con el precepto de hacer penitencia? Mas yo pregunto: ¿y será posible que la doctrina de Jesucristo sobre la necesidad de la penitencia no se ha de reducir mas que á esto?

Los Santos que no conocieron otra moral que la de Jesucristo, ¿entendieron por ventura aquella doctrina segun esta benigna interpretacion? Ni aun nosotros mismos, aunque no tengamos mas que una leve tintura de nuestra religion, ¿nos persuadiremos facilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestros pecados, se reducirá á una tan corta, tan ligera y tan superficial satisfaccion? ¿será esta toda la penitencia cristiana despues de tan enormes culpas?

¡Qué! esas almas disolutas, esos insignes pecadores, esas mujeres mundanas, cuya confesion apenas interrumpió por algunas pocas horas, una ó dos veces al año, el juego, el fausto, las diversiones, los banquetes y acaso tambien los mas vergonzosos pecados; esas personas que se dispusieron para la confesion pascual, disfrutando los gustos y los pasatiempos en el carnaval; que con vanísimos pretextos se dispensaron en el ayuno y en la abstinencia de la cuaresma; ¿todas estas personas hacen verdadera penitencia?

¡Qué! aquellas otras personas tan inmortificadas, que á la sombra de cierta esterioridad de virtuosas, y aun acaso en un estado de penitencia, quizá buscan en todo sus conveniencias y sus comodidades; que puede ser no tengan á los ojos de Dios otra cosa de verdaderos penitentes, que la indispensable obligacion de serlo; aquellas personas que solo obedecen y se gobier-

nan por su amor propio, ¿harán verdadera penitencia? Y si en adelante no entablan una vida mas penitente, ¿en qué principios, contrarios á la palabra de Jesucristo, fundarán la confianza de conseguir su salvacion?

¿Pero no estamos nosotros mismos en este caso? Sabemos ciertamente que hemos pecado; ¿estamos igualmente seguros de nuestra penitencia? ¿siguióse á aquella contricion verdadera la fuga de las ocasiones, la reformation de las costumbres, la modestia en el traje, y otros frutos dignos de verdadera penitencia?

Mi Dios, ¿cuantos cargos tengo que hacerme á mi mismo! ¿y como podré sufrir los que algun dia me hareis vos, si no comienzo á hacer penitencia desde este mismo punto? Palpo la precision; conozco la indispensable necesidad; todo lo arriesgo si lo dilato. Aunque dentro de veinte y cuatro horas tenga que ir á daros cuenta de mi vida, por lo menos tendré el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS. — Examinaré de aquí adelante, mi Dios, todos los años de mi vida en la amargura de mi corazon. (*Isai. 88.*)

¡Oh, y quién diera á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche mis pecados! (*Jerem. 9.*)

PROPOSITOS.

1 Pocos hay que no confiesen, y muchos menos que no tengan sobrada razon para confesar que son grandes pecadores. ¿Pero donde está la penitencia? ¿de qué servirá el estéril conocimiento, y esa infecunda confesion sino de aumentar nuestras deudas? ¿de qué servirá reconocerse uno pecador si no pasa á ser penitente? Y no hay que atrincherarse, no hay que cubrirse ni con la ternura de la edad, ni con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con la clase, con la calidad. Para quien pecó no hay salvacion si no hace penitencia. Fuera de la penitencia interior, que pasa allá dentro del alma en la amargura del corazon, es menester la exterior que mortifique al cuerpo, que le dome y que le humille. Da principio por las penitencias de precepto: las abstinencias de obligacion, los ayunos de la Iglesia son leyes inviolables de que jamás te debes dispensar con frivolos pretextos. Es mucho desorden el de hoy; parece que estas santas leyes solamente se hicieron para los claustros religiosos, ó para la gente comun. Las personas de distincion, las ricas, las de conveniencias nunca tie-

nen bastante salud para comer de vigilia; es preciso que se las dispense. ¿Pero autorizará Dios estas dispensaciones? Examina lo que has delinquido en este punto. Haz un firme propósito de observar con todo rigor todas estas penitencias de precepto. Guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen en ellas sin grave é indubitable motivo; mira que te harás reo de su pecado.

2 No te contentes con aquellas penitencias comunes en que ningún cristiano debe jamás dispensarse sin causa legítima y verdadera; hay otras particulares, que no te son ménos necesarias en atención á tus necesidades espirituales. La vista, el nombre solo de ciertos instrumentos de penitencia espanta, estremece á algunas personas, á quienes no estremecieron ni espantaron los desórdenes mas vergonzosos y mas enormes. ¡Con cuanta razon se podría preguntar á muchos si la multitud y la enormidad de sus pecados los dispensaban de este género de penitencias! Porque, ¡cuanto lo estrañan, quanto recalcitran, y aun quanto escandalizan si tal vez un confesor zeloso tiene valor para imponérselas en la confesion! ¡Cosa estraña! un jóven, una tierna doncella vuelven las espaldas al mundo aun antes de haberle conocido; retiranse á conservar la inocencia bautismal entre los rigores de la penitencia; mientras un hermano suyo perdido y estragado, una hermana suya entregada á las vanidades del mundo viven como anegados, como sumergidos en el desórden, y no pueden siquiera sufrir que se les hable de penitencias ni de mortificaciones. ¿Pero será muy semejante la eterna suerte de estos? Consulta quanto antes con tu director lo que debes hacer en este particular. No des oídos á tu delicadeza, sino á tu conciencia, á tu religion y á tus necesidades; si eres inocente, la penitencia es la sal que preserva de la corrupcion; si eres pecador, la penitencia es el contraveneno del pecado.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE LOS SANTOS APOSTOLES SIMON Y JUDAS.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS VICENTE, SABINA Y CRISTETA, en Avila en España; los cuales primero fueron estirados en el caballete hasta que se les descoyuntaron todos los miembros; despues poniéndoles las cabezas sobre unas piedras, las machacaron hasta hacerles saltar los sesos, en cuyo tormento consumaron el martirio. Fué esto por sentencia del presidente Daciano. (Véase su historia en las de hoy.)

SAN FLORENCIO, mártir, en Tille le Chateau en Borgoña. (Aunque algunos han confundido este S. Florencio mártir, con otro S. Florencio confesor, al cual hace fiesta la Iglesia de Sevilla el dia 23 de febrero, véase su noticia en dicho dia, pág. 374, tiénese por cierto que el S. Florencio que hoy se señala padeció en Tyle, lugar que si bien se ha pretendido por del territorio de Sevilla, no pertenece sino á la Galia, conforme lo colocan los Martirologios; á no equivocarse tal vez con Sile, pueblo del Egipto inferior, ó con Tele junto á Medina de Rioseco, donde se tuvo el concilio Telense. Nicol. Anton. Censura de hist. fab. lib. 4. cap. 4. § 18. pág. 131.—Florez Esp. Sag. t. 9, pág. 304.)

LAS SANTAS MÁRTIRES CAPITOLINA, Y EROTEIDA su criada, en Capadocia; las cuales padecieron en tiempo de Diocleciano.

SAN FRUMENCIO, obispo, en la India; el cual primeramente fué llevado cautivo á aquel pais, y despues ordenado obispo por S. Atanasio, dilató el Evangelio en aquellas provincias. (Nació en Tiro, de padres cristianos, y era todavía de tierna edad cuando acompañando á un tio suyo que se dirigia á la India, cuyo nombre daban los antiguos á Etiopia, cayó esclavo de los bárbaros de aquel pais. Siendo presentado al rey en Axuma, mandó éste que le educasen, mas adelante le nombró su secretario de estado, y cuando murió le dió no solamente la libertad, sino que encargó á la reina, que debia gobernar en calidad de regenta, que se confiase absolutamente al consejo de Frumencio. Entonces aprovechándose el Santo del favor de que gozaba, lo protegió, y muy pronto el cristianismo se hizo respetable á los infieles. En este estado se dirigió S. Frumencio á S. Atanasio en Alejandria y le pidió un obispo para completar la obra que él habia comenzado; y S. Atanasio creyó que nadie mas á propósito para el caso que el mismo Frumencio, y en su consecuencia fué consagrado en la misma ciudad de Alejandria. De vuelta á Axuma con sus predicaciones y milagros consiguió que toda la nacion abrazase la religion cristiana. Bautizó á toda la familia real, y despues de regularizar la nueva Iglesia, que le reconoce por su apóstol, murió en la paz del Señor en Axuma, durante el siglo iv. Esta ciudad se llama ahora Accum, y pequeña y arruinada como está, se titula única ciudad de Abisinia. Hállase á cuarenta y dos leguas de Adala, dos millas del mar Rojo, y era antiguo puerto de mar, y el mayor de toda Etiopia. Las antiguas inscripciones, los obeliscos y otros monumentos que por sus contornos se descubren, iguales á los de Menfis, son pruebas ciertas de su pasada grandeza.)

SAN ELESBAAN, rey, en Etiopia; el cual despues de haber vencido á los enemigos de Jesucristo, dejó la corona real (abdicándola en favor de su hijo), y fué á Jerusalén en tiempo del emperador Justino á profesar allí vida monástica, segun el voto que de esto tenia hecho; y perseverando en este estado voló al Señor.

SAN VICENTE, SABINA Y CRISTETA, MÁRTIRES.

ENTRE los mas ilustres mártires de Jesucristo, que en tiempo de las persecuciones gentílicas dieron pruebas de su valor y de